CORA Cork Open Research Archive
Cartlann Taighde Oscailte Chorcaí

Title	¿Incendiarismo o ecocidio en la Iberia Atlántica? La transformación del paisaje a causa del fuego: reflejo de los problemas socioeconómicos
Authors	O'Flanagan, Patrick
Publication date	1997
Original Citation	O'Flanagan, Patrick (1997) '¿Incendiarismo o ecocidio en la Iberia Atlántica? La transformación del paisaje a causa del fuego: reflejo de los problemas socioeconómicos', Polígonos: Revista de Geografía, 7, pp. 77-96. doi:10.18002/pol.v0i7.1050
Type of publication	Article (peer-reviewed)
Link to publisher's version	http://revpubli.unileon.es/ojs/index.php/poligonos/article/view/1050 - 10.18002/pol.v0i7.1050
Rights	© 1997 Universidad de León, Universidad de Salamanca, Universidad de Valladolid; © 2015 Polígonos. Revista de Geografía, Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. - https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/
Download date	2024-05-06 08:51:23
Item downloaded from	https://hdl.handle.net/10468/4862

UCC
University College Cork, Ireland
Coláiste na hOllscoile Corcaigh

¿INCENDIARISMO O ECOCIDIO EN LA IBERIA ATLÁNTICA? LA TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE A CAUSA DEL FUEGO: REFLEJO DE LOS PROBLEMAS SOCIOECONÓMICOS

Patrick O´FLANAGAN
Departamento de Geografía. University College Cork. Irlanda

I

La Iberia atlántica es uno de los sectores más verdes de la Península Ibérica, en gran parte debido a su situación y clima pero también a causa del papel crucial que desarrollan varios tipos de arboricultura en la economía rural. Esta vasta región se extiende desde Euskadi en el norte, hasta Algeciras en el sur. Los aspectos culturales y las condiciones ambientales no son ni mucho menos uniformes en esta extensa región, siendo posible diferenciar dos zonas principales en base a índices tales como la cultura, la explotación agrícola, los tipos de asentamiento y la organización rural territorial y socioeconómica. El río portugués Mondego, cuyo curso atraviesa la ciudad de Coimbra y desemboca en Figueira da Foz, se considera normalmente como división de estas dos zonas (RIBEIRO, 1967). Tanto los atlas actuales de España y Portugal como las bases de datos, confirman que la mayor parte de esta zona, a excepción de su vertiente sur se caracteriza por extensas áreas de bosque y monte -un término que consideraremos detalladamente más adelante. Hoy en día, el visitante se ve sorprendido por tres elementos cardinales evidentes en el paisaje cultural de esta región. Estos son: la densidad y la intensidad de población y la transformación del paisaje; la supervivencia de varias estructuras agrarias elaboradas e intrincadas; y la rapidez con que estas estructuras y poblaciones vernaculares están experimentando cambios, a través de las presiones urbanísticas y de reorganización productiva rural y urbana (O'FLANAGAN, 1996). En los últimos años, el fuego ha sido promotor y símbolo de este cambio. Los efectos de más de una década de incendios provocados han dejado cicatrices terribles en el paisaje, provocado confusión acerca de ciertas actividades relacionadas con la madera, iniciado la degradación masiva del suelo en ciertas zonas y arruinado el sistema económico de varias comunidades de pequeños agricultores.

Este estudio pretende determinar la causa, los daños y la degradación por fuego (DEAN, 1995). Para apreciar el alcance de la significación de este trabajo, es preciso situarlo en el contexto de los procesos que están desencadenando cambios socioeconómicos masivos en esta región. Asimismo, este

Polígonos, n.º 7, 1997, pp.77-96.

estudio concede primordial importancia a las causas y consecuencias culturales y humanas de la transformación de extensas zonas por los incendios. Este enfoque no excluye, ni mucho menos, la urgente necesidad de realizar investigaciones continuas acerca de las implicaciones físicas y bióticas de estas conflagraciones catastróficas. La mayor parte del material examinado hace referencia a Galicia y también a Portugal, donde la incidencia, la magnitud y el daño causado por los incendios han sido más severos. Pero también se han registrado incidentes similares, durante el mismo período, en otras comunidades de la costa atlántica de España. Los datos de este tipo son limitados, de veracidad variable y, muchas veces, de tipo anecdótico e impresionista. En concordancia con este hecho, este estudio se basa en una plétora de fuentes de datos en las que se incluyen estadísticas oficiales de las brigadas de incendios, artículos y análisis periodísticos, entrevistas informales con el personal del servicio de extinción y de la policía, opiniones de estudiantes, agricultores y campesinos. Las observaciones personales también son relevantes.

La bibliografía que trata de las implicaciones humanas de los incendios y sus consecuencias es escasa. Esto es sorprendente. En fechas tan recientes como 1987, el fuego destruyó un millón de hectáreas de bosque en el noreste de la China (FORESTIER, 1989) y en el verano de 1996, Mongolia experimentó la peor secuela de incendios que se recuerde. En Europa, se estima que cada año se queman unas 200.000 hectáreas de bosques y matorrales, pero sólo una fracción de estas tierras se ven físicamente degradadas (JACKSON, BERRY, COLEMAN, 1984). El hecho de que se queme más y, principalmente que la incidencia, severidad y magnitud de estos incendios coincidan en ciertas zonas, es una realidad cuyo significado va más allá del mero significado situacional (PARLEMENT EUROPEEN, 1994).

En la agricultura existente en la mayor parte de la Iberia atlántica, todavía predominan las pequeñas y fragmentadas tenencias ocupadas por su dueño, y su transformación actual está bien documentada (O'FLANAGAN, 1980). En tiempos más recientes, el carácter de subsistencia de la agricultura tradicional se ha visto revolucionado por el CAP y por expansiones urbanas e industriales, y las áreas contiguas a ciudades y a las principales arterias de comunicación se han visto beneficiadas enormemente con estos cambios. El oeste de Andalucía y el Alentejo portugués son dos excepciones en donde predominan los grandes latifundios y los bosques comunitarios son menos frecuentes. La sección costera del Algarve al sur de Portugal, con su agricultura de huerta, también es distinta, pero las montañas de su interior no han escapado a las depredaciones del fuego y, a pesar de las medidas de protección, han sido destrozadas. (REV. NAT. DE BOMBEIROS, 1995).

Por lo menos desde la Reconquista, los bosques han ido decayendo en toda la Iberia atlántica. Durante este largo período ha habido varias fases de decaimiento marcadas por largos períodos de regresión gradual. Los historiadores mencionan la implantación de las grandes órdenes monásticas en los siglos XII y XIII, como ejemplo, cuando vastas extensiones fueron destina-

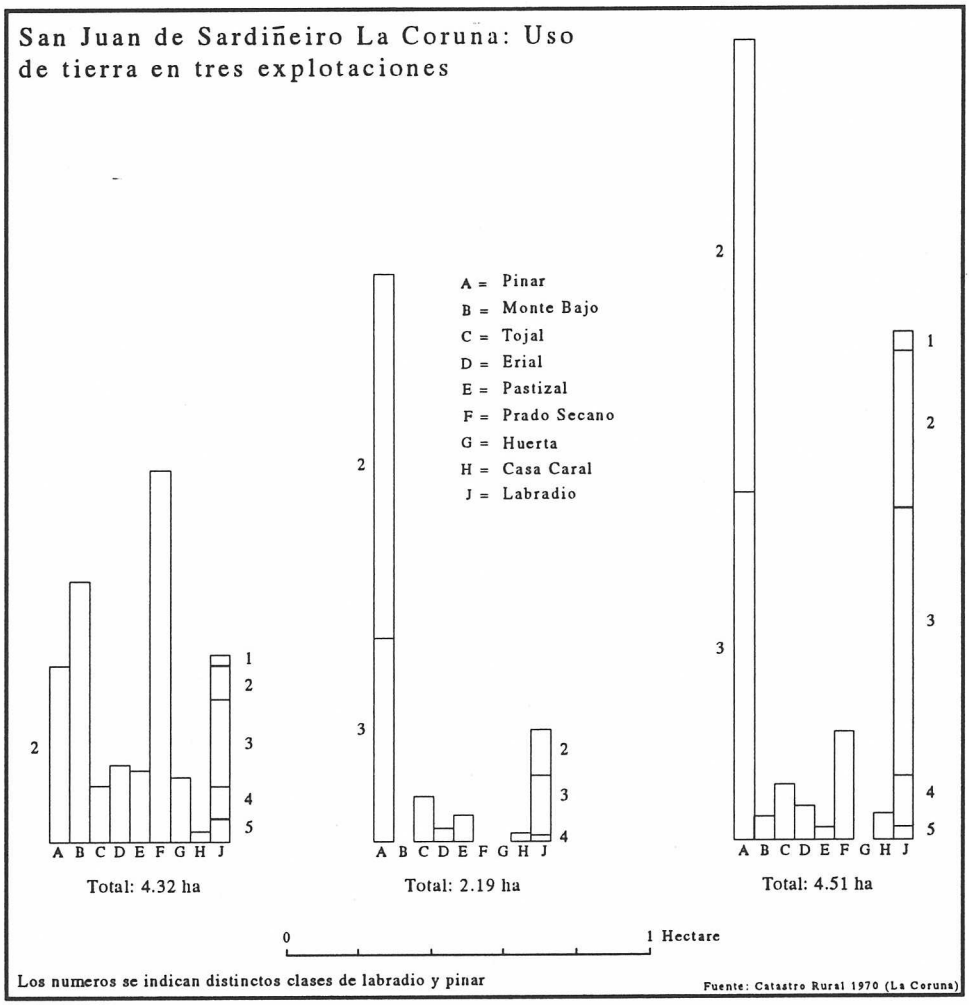
das al arado (PALLARES MÉNDEZ y PORTELA SILVA, 1971). En el siglo XVIII, el rápido crecimiento de la población precipitó la reducción considerable de bosque, especialmente en la zona costera del sur de Galicia. La industria siderúrgica, de armamento y astillera de los vascos también era un consumidor inexorable de bosques y el arsenal estatal que se abrió en El Ferrol en 1726 tenía un hambre voraz de madera, que llegaba de cada rincón de Galicia. Para restringir esta desastrosa política de "cortar y marchar", los Borbones implementaron una política de control limitada a mediados del siglo XVIII, pero no consiguió llegar a un equilibrio entre explotación y conservación (URTEAGA, 1987).

Los bosques eran diferentes en cuanto a que nunca desempeñaron la misma diversidad de papeles que el monte, pero su papel e importancia cambiaron drásticamente durante el último siglo. Extendiéndose sobre el 23% del área total de España, la incidencia de bosque alcanza casi una tercera parte de la Iberia atlántica. Los árboles son evidentes en granjas pequeñas y grandes; hasta hace poco puede que éstos hayan sido, en muchas de las tenencias, el único artículo destinado al mercado. Los árboles parecen haber asumido una nueva prominencia comercial a partir de mediados del siglo XIX en Galicia, lo que podría explicar su rápida expansión posterior. Esta revalorización de los árboles desencadenó una serie de importantes consecuencias. Primeramente, ha habido una expansión masiva de las extensiones cubiertas por árboles que anteriormente formaban parte del monte. En segundo lugar, ha habido un gran cambio en cuanto al tipo de árboles. Castaños y nogales han sido principalmente reemplazados por pinos y eucaliptos, especialmente en tierras bajas y zonas costeras de Galicia. Los escasos estudios detallados, publicados sobre el uso de la tierra, recalcan la primacía de la que gozan los árboles en varias granjas, como en el caso de Sardineiro, Finisterre (FIG.I).

El excelente Mapa Forestal de España (MINISTERIO DE AGRICULTURA, 1966),y el Atlas do Ambiente portugués (MINISTERIO DO AMBIENTE, 1971) son las únicas fuentes cartográficas fechadas, a gran escala, que indican la distribución de especies en la Iberia atlántica. Tomando Galicia como ejemplo -ya que constituye la parte más poblada de árboles de la región-, el 40% del área al este de la línea entre Cabo Ortegal y la ciudad de Orense, está cubierta de árboles.

Cerca de la costa y en la mayor parte de las tierras bajas, los bosques autóctonos son escasos. En efecto, sólo un número limitado de sotobosques han sobrevivido en zonas aisladas de las provincias de Asturias, Lugo, Orense y en el Tras-os-Montes portugués. A través de los cuidadosos sistemas de desmoche o batimiento de soto, los productos resultantes de este tipo de bosque eran materiales vitales para construcción, muebles y herramientas. Aunque los oficios asociados con este tipo de prácticas han desaparecido casi totalmente, aún existen algunos sotobosques intactos en O Caurel de Lugo.

Los geógrafos historiadores todavía no han tratado los complejos temas relacionados con la distribución temporal, las causas y las consecuencias de la retirada de los bosques en toda la Iberia atlántica y quizás, uno de los


San Juan de Sardiñeiro La Coruna: Uso de tierra en tres explotaciones
A = Pinar
B = Monte Bajo
C = Tojal
D = Erial
E = Pastizal
F = Prado Secano
G = Huerta
H = Casa Caral
J = Labradio
A B C D E F G H J
Total: 4.32 ha
Total: 2.19 ha
Total: 4.51 ha
0
1 Hectare
Los numeros se indican distinctos clases de labradio y pinar
Fuente: Catastro Rural 1970 (La Coruna)

puntos más cruciales es la relación existente entre el declive de los bosques y el avance del monte en el último milenio. En muchos casos, especialmente en tierras bajas, los bosques fueron despojados y dedicados al arado, o convertidos en pastos permanentes por las órdenes monásticas más importantes. En zonas más elevadas y menos prometedoras, una vez despojada de bosques, se estableció un tipo de vegetación de monte que devino paulatinamente el objetivo de rotaciones episódicas para cultivos tales como avena, centeno y trigo de altura. Este tipo de asentamientos se intensificó a partir de mediados del siglo XVIII, a consecuencia de las presiones crecientes de la población en zonas altas más aisladas. Pero los cambios en diferentes localidades no estaban claramente delineados. Los bosques, por ejemplo, fueron en algunos casos convertidos en tierras mejoradas y luego se revirtieron a monte y, mejorándolos otra vez, se plantaron árboles y, en algunas zonas, este ciclo continuó durante siglos.

Los bosques y el monte albergaron, y en muchos casos todavía albergan, actividades complementarias para el cultivo comercial y la agricultura de subsistencia. En tales territorios, se fueron desarrollando normativas de control complejas, aunque la rutina diaria estaba basada en normas tradicionales. Es importante remarcar que los bosques y los montes desarrollaban papeles fundamentalmente distintos, pero complementarios en el casi ubicuo complejo agrario de subsistencia que hoy se define como minifundismo (BALBOA, 1990).

De los estudios existentes sobre monte y bosques en España y Portugal, una mayoría desproporcionada está dedicada al monte. Pocos o ningún estudio hacen una distinción adecuada entre monte y las diferentes manifestaciones de bosque. La mayor parte de los estudios sobre monte son de tipo jurisdiccional; lo que contrasta con la escasa existencia de estudios sociales o históricos (PAZ ARES, 1966). La interpretación de estadísticas oficiales plantea dificultades parecidas. Esto se deriva del hecho de que el monte ha representado muchas veces un tema política y socialmente contencioso. Resumiendo, esta división se manifiesta claramente en las tenencias, ya que la mayoría de los bosques son privados y, normalmente, pertenecen a un sólo dueño, a pesar de que en el pasado casi todo el monte era colectivo y administrado a nivel local. El Estado, varios intereses municipales y corporativos, y particulares, han intentado "privatizar" el monte y convertirlo en propiedad privada. Este conflicto ha existido durante casi doscientos años y ha sido un factor desestabilizante en las relaciones entre varios sectores de la sociedad rural y del Estado, provocando conflictos sociales. Las apropiaciones, acreditaciones y asentamientos "espontáneos" en el monte han sido otros medios por los que la "privatización" se ha llevado a cabo. Hasta hoy, no existen mapas detallados a gran escala que indiquen la exacta incidencia de montes y bosques.

En la Península Ibérica, la palabra "monte" tiene un sinfín de significados. Topográficamente puede significar montañas, colinas, tierras altas, o hacer referencia al clima o a asociaciones de plantas en tierras altas o bajas, indi-

car un brezal o un páramo, o puede estar relacionada con actividades realizadas en tenencias situadas en tierras marginales, colectivas o individuales y, finalmente, sirve como categoría o tipo de propiedad para fines de registro. "Baldío" es el término más usado en Portugal, pero ambos términos se intercalan con matices similares o dispares. Para la mayoría de los campesinos "monte" significa terreno común. En casi toda la Europa atlántica, las tierras comunes han ido siendo incluidas y/o transferidas a propiedades privadas, especialmente durante el siglo XIX. El legado que esta falta de "regularización" de las tierras colectivas en esta zona ha dejado es una causa y una consecuencia del conflicto social.

Tradicionalmente, el monte estaba organizado en cuatro tipos de tenencia principales, cuyas idiosincrasias no mencionaremos aquí. A lo largo de los últimos doscientos años, la proporción de tierras bajo esta distribución vernácula se ha deteriorado dramáticamente y de forma excepcional en Galicia. Durante el siglo XIX el Estado hizo lo posible para desmantelar la organización tradicional con vistas a incrementar la productividad. Los estudiosos del tema coinciden en que estos esfuerzos representaron un fallo catastrófico. Todavía más críticas fueron las transformaciones internas de la sociedad rural, cuyo carácter experimentó un cambio hacia la familia como núcleo, alejándose del carácter comunitario. Este cambio se reflejó en la división del monte comunitario en propiedades privadas y la sustitución de las prácticas colectivas por la iniciativa privada. Otra consecuencia notable fue el enorme crecimiento de la proporción de árboles, especialmente pinos, en lo que había sido monte colectivo. Los bosques privados se extendieron al mismo tiempo, como resultado de la intensa demanda de productos de madera en el mercado. En cuanto a Portugal, Brouwer presenta un escenario parecido, pero demuestra que el Estado siguió una política más intervencionista a lo largo del siglo XX; en este caso las rivalidades entre ministros con diferentes agendas provocaron una situación aún más confusa, e incluso peor en relación a las llamadas tierras comunes de Portugal (BROUWER, 1993). Bajo el Estado Novo de Salazar, las tierras comunes se abolieron oficialmente, pero fueron restauradas al *status quo ante* después de la revolución de 1974. El daño causado por el Estado, a través de su servicio forestal, en la moral económica local, antes de 1974, no ha vuelto a tratarse ante la opinión pública, y los esfuerzos del Estado más recientes para intervenir en estos territorios, a través de este servicio, han tenido poco éxito ya que estos esfuerzos todavía son interpretados localmente como instrumentos que han socavado la cohesión de varios aspectos de la vida comunitaria.

En 1970 casi el 74% de todo el monte en Galicia era propiedad privada. Esto representa alrededor de 1.600.000 ha. de unas 2.200.000 ha. en total. Pero no se dispone de datos que indiquen exactamente el tipo de explotación que se daba en estas vastas extensiones de tierra. Tampoco se dispone de datos de este tipo pertenecientes al resto de la Iberia atlántica.

¿Qué funciones desempeña ahora el monte? En varias ocasiones se ha dicho que, en las prácticas vernaculares, el monte actúa básicamente como una

especie de apoyo suplementario para la agricultura tradicional. Estudios más profundos han condenado este argumento y demostrado que, en la mayoría de los casos, el monte ha representado y todavía representa para muchas comunidades una contribución vital para el sustento de la vida rural tradicional. En condiciones donde el campesino dispone de pocas oportunidades para agrandar sus tenencias, no es sorprendente observar la apropiación de las tierras comunes para su expansión. Esto se ve claramente reflejado con el hecho de que, en Galicia, un tercio de la tierra "privatizada" recuperada se dedica a la silvicultura comercial. En sus varias manifestaciones, el monte ocupa hasta un 20% del Alentejo y hasta un 40% de Galicia.

II

Cualquier investigación o análisis que trate del tema de los incendios forestales se enfrenta a varios problemas de gran envergadura, desde problemas de definición, hasta dificultades asociadas con todo aquello relacionado con el registro y la evaluación de daños. Muchas son las fuentes de las que provienen los datos, pero las que se consideran como más fidedignas son los informes periodísticos y las entrevistas informales realizadas por el autor entre Marzo y Setiembre 1990, con personas encargadas del bosque. Incluso la definición de lo que es un incendio forestal plantea problemas conceptuales insolubles. Los encargados de los bosques no disponen de procesos rigurosos para el registro de incendios. En algunos casos, los incendios registrados, ya hayan sido observados desde tierra o desde el aire, son clasificados irrespectivamente, cualquiera que sea su envergadura o el número de puntos focales. No existe ningún sistema adecuado que proporcione un balance cuantitativo o cualitativo de los daños causados a los árboles, arbustos, calidad de agua, y menos aún a la calidad del terreno. Todavía más problemática es la falta de datos que diferencien los daños causados a brezales de los daños causados a bosques, o a una combinación de éstos. Son pocas las tierras aseguradas y, por consiguiente, son pocas las demandas, por lo que es inútil intentar conseguir información de estas fuentes. El daño causado a viviendas y tierras agrícolas también es excepcional. Además, la quema controlada de montes también se registra a veces como un incendio dañino. Estos problemas pueden estar relacionados, en parte, a la naturaleza descentralizada del gobierno en España, donde la práctica administrativa relacionada con el registro de incendios varía según la autonomía, lo que también se aplica a Portugal.

La cantidad de tierras consumidas y los daños causados por estos incendios sobrepasan, en gran medida, a los de los incendios de décadas precedentes. Estos incendios han sido tan ubicuos que ninguna zona se ha escapado de ellos, pero algunas regiones como Galicia y el Norte de Portugal se han visto especialmente afectadas, como también lo han sido la Sierra de Monchique en el Algarve y las tierras bajas costeras de Beira Baixa y Beira Central, y la parte baja del valle del Duero. Estos incendios han sido tan severos que

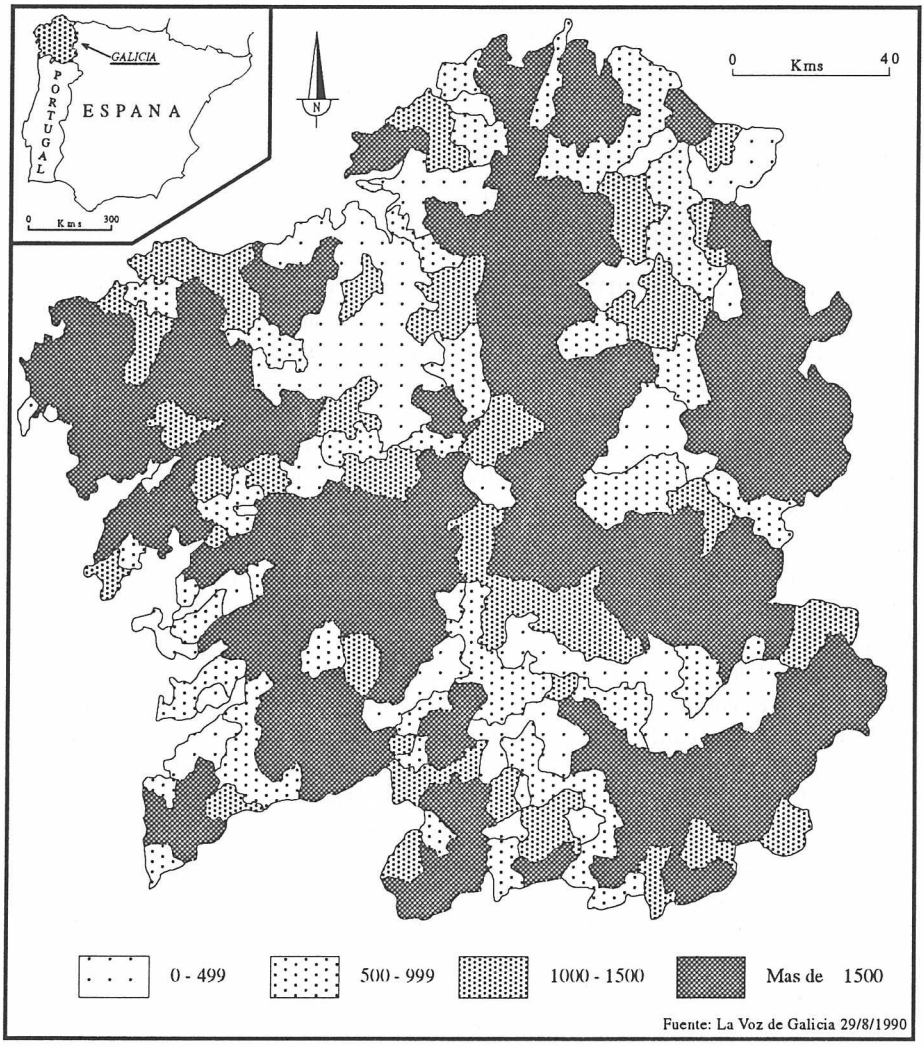
en las afueras de Coimbra, las carreteras y vías ferroviarias tuvieron que ser cortadas intermitentemente a lo largo de dos semanas, en julio de 1995 (DIARIO DE NOTICIAS, 1995). Posiblemente se pueda generalizar diciendo que las zonas mas afectadas han sido las grandes extensiones ininterrumpidas de labranza en Galicia, Portugal y las Vascongadas, y las extensas zonas de pastos permanentes en Asturias y Cantabria.

La única zona de masa forestasa de la que se disponen de datos regionales adecuados es Galicia, y estos datos, especialmente los de finales de los ochenta, han sido seleccionados para ilustrar la magnitud del problema en las zonas peor afectadas, por lo que se refiere a la envergadura de los incendios, a su naturaleza insaciable y a los enormes daños causados. Entre 1975 y 1983, la Estadística de Incendios Forestales de Naciones Unidas demuestra que, en España, cerca de dos millones de hectáreas fueron devastadas por unos 60.000 incendios registrados y que el 40% de éstos ocurrieron en Galicia, lo que sitúa a España en cabeza de la liga en Europa, y a Galicia en la primera del montón (ÁLVAREZ SOUZA, 1992). En 1996 estas cifras se han cuadruplicado. La FIGURA 2 indica la extensión de tierra quemada en hectáreas, entre 1984 y 1989, en las cuatro provincias de Galicia (LA VOZ DE GALICIA, 5/7/1990). Desafortunadamente, los datos no hacen distinción entre monte y bosque. Tres zonas son las más destacables en cuanto a los daños sufridos. Estas son, respectivamente, el suroeste de la provincia de La Coruña y toda la provincia de Pontevedra, una larga franja de tierras al pie de los macizos de las provincias de Lugo y Orense y, finalmente, las tierras altas más aisladas situadas al Este de estas dos provincias. De forma colectiva, estas zonas municipales abarcan virtualmente toda el área económica, cultural y física posible en la región.

Por contraste, la pauta implica que las tierras altas han conseguido escapar a los estragos del fuego. Pero esto no es así ya que el área municipal media, en este caso, es diez veces mayor que la de la costa, y las zonas idóneas para árboles y grandes matorrales en estas tierras altas y a veces hostiles, son escasas. Por consiguiente, la extensión en hectáreas destruida en muchas zonas altas también es impresionante, dado que estas zonas ofrecen condiciones poco prometedoras para los árboles y, como veremos, el legado dejado a largo plazo por los incendios en estas zonas altas merece considerarse con gran aprensión.

¿Cuáles son los hechos principales que se derivan de este estudio? Primero, las zonas donde se han realizado cambios sociales y físicos más rápidos, y donde la presión del desarrollo es tan intensa como inexorable, coinciden con las zonas que han experimentado un elevado número de incendios. Estas zonas incluyen las ciudades situadas al Oeste y los tramos que las unen, así como algunas de las zonas más atractivas de la costa del Suroeste de Galicia. Alrededor del 56% del área total destruida por los incendios se halla en esta zona, la cual representa alrededor del 40% del área forestal total en Galicia. Es interesante ver que el 80% de los municipios en este área han experimentado emigraciones continuas durante la última década. También existe un

Area Total Quemada por Municipio en Hectareas, 1984 - 1989



Fuente: La Voz de Galicia 29/8/1990

alto nivel de desempleo y, finalmente, su estructura de empleo se inclina fuertemente hacia el sector primario (LA VOZ DE GALICIA, 28/8/1990).

En segundo lugar, existen municipios situados en el interior de las tierras altas y las montañas, en donde la superficie cubierta por árboles es pequeña, pero la superficie ocupada por el monte es desproporcionadamente elevada. Esta región comparte los mismos ingredientes de declive mencionados anteriormente, con respecto a las tierras bajas costeras. Sin embargo, aquí todos estos índices son mucho más extremos y existen pocas señales de desarrollo. La población envejecida, los pocos herederos directos de la tierra, el abandono a gran escala de las tenencias en tierras altas, así como la erosión de las instituciones comunitarias vernaculares colectivas, junto a los costes elevados de la mano de obra agrícola debido a su escasez, han hecho que a muchas de las poblaciones en las tierras altas les sea imposible proseguir con el cuidado de los bosques y los montes (TORRES LUNA, et al.1993).

Finalmente, en la parte central de Galicia, principalmente en las provincias de La Coruña y Lugo, existe una conglomeración de municipios que, junto a unos ochenta municipios esparcidos, cuentan con alrededor del 30% del bosque total en Galicia, pero aquí, sólo el 6% ha sido arrasado por el fuego. Es importante recalcar que en este conjunto de municipios -los cuales representan exactamente la mitad del total regional- se dan, en general, niveles constantes de crecimiento económico resultantes, en gran parte, de la modernización agrícola.

Dicho de otra manera, Galicia cuenta probablemente con el 50% de todos los bosques existentes en España y, entre 1984 y 1989, una cuarta parte de éstos ha sido destruida por el fuego, lo que va más allá de una catástrofe regional. En Portugal, los ejes Porto-Guarda-Lisboa-Porto ha sido devastados por el fuego a lo largo de los últimos cinco años. Además, el sector Oeste de la Serra de Monchique se ha visto afectada en gran medida, especialmente durante el verano de 1995, donde más de 10.000 hectáreas de pinos fueron destruidas en una conflagración masiva. En ambos Estados, incluso muchas más tierras de baldío han sido incendiadas pero, en las páginas que siguen se incluye una breve evaluación de los problemas existentes a la hora de asesorar los daños causados a los montes.

Por medio del esfuerzo conjunto del gobierno central, las autoridades regionales, las brigadas de incendios y los grupos de defensa local, se ha reunido un formidable catálogo de leyes, nuevas tecnologías y personal variado. La combinación de destrucciones masivas y fatalidades, han hecho del fuego una cuestión política que ningún partido puede ignorar. En el Algarve existe un sistema elaborado de torres de incendios, guardabosques y vigilancia aérea, conectado a un centro de control en Faro, pero éste no ha podido hacerse cargo adecuadamente de los principales incendios registrados hasta el momento. En Galicia, las medidas de protección disponibles, subvencionadas por enormes sumas de dinero, son todavía más elaboradas. La prensa ha expresado disentimiento diciendo que el gobierno regional ha adoptado una actitud mecanística en cuanto a control y prevención. En 1990, la Xunta de

Galicia había reunido tres hidroaviones, seis helicópteros, cuatro compañías militares y 140 guardias civiles disponibles. Además, había reclutado 6.000 vigilantes locales y extinguido 1.200 incendios, así como despejado miles de hectáreas de maleza seca. A pesar de estas elaboradas y sofisticadas medidas, 1990 fue uno de los peores años, por lo que se refiere al número de incendios registrados y a su poder destructivo. Se puede afirmar que estas complejas medidas fallaron al concentrarse principalmente en las consecuencias, no en las raíces del problema que afligen a Galicia y a otras partes de la Iberia atlántica.

La modernización, el subdesarrollo, el conflicto social, la alienación, el legado del pasado y la mera inercia, son algunos de los factores que se citan como ingredientes causativos de los procesos responsables de la degradación de la Iberia atlántica. Paradójicamente, la mayoría de los medios informativos y las investigaciones académicas se han concentrado en las causas, en lugar de en las consecuencias y en los legados del fuego. Ha habido muy poco debate público con respecto a la formulación de una política de rehabilitación de las zonas, y a la implementación de medidas contra la degradación. Es cierto que se ha dedicado considerable atención a la prevención, pero es como si, una vez hecho el daño, lo único que se pudiera hacer es reforestar donde sea posible o permitir que las tierras sean edificadas, lo que representa una forma de negligencia en sí.

Dada la complejidad de los factores a tener en cuenta no se puede explicar de forma simple lo que, en efecto, representa una catástrofe internacional. Un mayor entendimiento es posible si se plantea el tema de los incendios desde el punto de vista de la economía política, en un contexto de transformaciones socioeconómicas extensivas en el marco de la Europa atlántica. Este enfoque permite abordar el tema de las presiones internas o externas que afectan a la región, tales como los esfuerzos de la UE, los Estados respectivos y los gobiernos autónomos y sus delegados, así como las interacciones e interrelaciones entre todos éstos. En segundo lugar, es importante destacar el papel que desempeñan las fuerzas económicas, especialmente por lo que se refiere a la producción de madera, donde el Estado apoya, por regla general, a estos grupos dominantes a los que considera agentes sumisos, cuyos intereses coinciden con los del Estado (BLAKIE y BROOKFIELD, 1987). Las relaciones existentes entre estos agentes y el resultado de la lucha entre los que trabajan a favor o en contra del cambio a nivel local o regional, también son factores críticos representados en la larga crisis, ahora intensificada, que afecta a las tierras colectivas (BROWN y HARRIS, 1992).

Según opinan algunos expertos, la teoría ecológica regional (NAESS, 1989) representa uno de los contextos teóricos más apropiados, a la hora de investigar y comprender esta degradación como resultado de la acción humana. Asimismo, la economía política también puede considerarse como factor primordial (DAYZEK, 1987). Por otro lado, afirman que lo "regional" abarca variabilidades e intereses ambientales. Pero la ecología es una materia vagamente definida en un sentido flexible y plástico, ya que puede considerarse a

la vez como el consuelo del "defensor del medio ambiente", y de los asesores que realizan estudios del impacto ambiental (EVENDEN, 1992).

En efecto, la ecología es muchas veces interpretada como el medio ambiente natural. En este caso, el uso de ecología plantea varios problemas, al ser tratada como polémica o como un mecanismo que asegure la implementación de ciertas políticas socioeconómicas, para alcanzar los objetivos de una clase determinada sobre los intereses competitivos, como es el caso de las agendas verdes contra las que favorecen el desarrollo. No existe una lógica científica para el empleo de la ecología a modo de talismán.

Es evidente que los incendios que han arrasado la Iberia Atlántica a lo largo de la última década, o incluso antes, han sido provocados por una coyuntura de acontecimientos, fuerzas y procesos. Debido al largo período en cuestión y a la multiplicidad de factores, la magnitud del área bajo estudio y la intensidad y diversidad de problemas que la afectan, no es posible adelantar ningún precedente de causa pero, por lo menos, todos éstos forman parte de las dimensiones de la economía política de cambio (STEINER y NAUSER, 1993).

El legado dejado por el Estado en la promoción del cambio rural, está representado en los servicios forestales, los cuales, hasta hace poco, han contribuido al desarrollo por medio de la repoblación forestal, como en el caso de las tierras colectivas. Esta política fue implantada rigurosamente y, a veces, de forma opresiva en ambos Estados, bajo sus respectivas dictaduras. La privatización de las tierras para conseguir la repoblación era común, lo que llevó de forma inevitable a la alienación y resistencia de las comunidades locales (O'FLANAGAN, 1978). En España, la democratización y la transición política pusieron la responsabilidad de la conservación en manos de los servicios forestales, pero la política de la UE y del Estado todavía está dominada por el criterio económico y, por tanto, las especies "lucrativas" gozan de prioridad en la replantación, aunque las poblaciones locales mantienen cierto interés (ZAIMECHE, 1994). Los problemas principales derivan de diferentes interpretaciones y puntos de vista. Los esfuerzos estatales todavía se consideran sospechosos, particularmente cuando existen pocas comunidades que se sientan recompensadas en absoluto. En muchos casos, las iniciativas estatales se interpretan como un obstáculo para los esfuerzos individuales y comunitarios en promocionar mejoras. A menudo, la quema de bosques estatales y privados ha sido, y todavía es, una respuesta a lo que se considera como interferencia y transgresión estatal contra el privilegio vernacular.

Sumándose a estos problemas están las dificultades de recolectivización de las tierras que habían sido privatizadas y plantadas durante la dictadura. Algunas comunidades prefieren obtener *statu quo ante* y reemplazar los bosques para llevar a cabo la explotación tradicional del monte. Así pues, muchos incendios son causados también por la frustración de individuos que desean evitar largas negociaciones con los representantes de los servicios forestales y vengar la avaricia de los vecinos que se beneficiaron con la "pri-

vatización". Finalmente, la legislación de la UE, especialmente por lo que se refiere a las cuotas de la leche, ha planteado una nueva dimensión. La extensión media de las granjas en la mayor parte de la Iberia atlántica, exceptuando el Alentejo, es muy baja, alrededor de 2 ha. Por tanto, para que los granjeros alcancen cuotas viables, el monte ha asumido un nuevo valor, lo que ha provocado nuevas presiones hacia la privatización con el objetivo de elevar el nivel de las cuotas.

En una región que goza de las mejores reservas de madera del Oeste de Europa, no es extraño que la vitalidad de la industria maderera se filtre a través de todos los sectores de la sociedad. Al igual que otras características de la Iberia atlántica, este sector de la economía manifiesta todas las contradicciones de la región. Aquí se encuentran algunas de las mayores premisas y tecnologías más sofisticadas e innovadoras de procesamiento, en forma de serrerías, plantas para el tratamiento de la pulpa y fábricas de celulosa. Es importante remarcar que los capitales locales y regionales están profundamente involucrados en esta empresa, lo que hace que éste sea uno de los pocos sectores de la economía con una presencia indígena poderosa e intensa. Por otro lado, este sector de la economía se ve caracterizado por algunas de las estructuras más tradicionales. Esto es evidente en el caso de los productores, pero el número de estas pequeñas serrerías se ha visto mermado en los últimos años.

Como se ha visto aquí, es posible identificar una compleja red de factores en lo que se ha descrito como el ciclo de la madera. Las serrerías tradicionales coexisten con la infiltración multinacional y las grandes plantas de manufacturación. Existen pues, comerciantes que compran a los productores primarios y venden el producto manufacturado. También se tiene que tener en cuenta el sector del transporte, el cual requiere mano de obra intensiva. Finalmente están los granjeros, productores que representan la mayor parte del sector pero que, se puede decir, tienen menos poder sobre su desarrollo. Podemos decir, sin exagerar, que el 60% de todas las tenencias de la región están al cuidado de árboles para fines comerciales, y este número alcanza el 90% en las zonas más boscosas, o sea, en Galicia. En tales condiciones, cada tenencia goza de más de una hectárea de árboles y no es de extrañar que la calidad de control sea bastante rudimentaria. Para muchos campesinos, los árboles, aún en tales reducidas proporciones, representan un signo de prestigio, en una sociedad rural que tan sólo empieza a deshacerse de las trabas del sistema de subsistencia y del estancamiento económico.

La competencia dentro del sector de transformación de la industria y entre éstos y los comerciantes, se ha visto intensificada en un sector económico sujeto a las enormes fluctuaciones de los precios. La experiencia tradicional y las creencias populares mantienen que ciertos intereses se han confabulado en una política de incendios subterránea, astutamente dirigida, para forzar el descenso de los precios de las materias primas. La mayor parte de los pinos y eucaliptos quemados sólo experimentan daños externos en ramas y hojas, y cortezas chamuscadas, pero la madera queda intacta. Estas catástrofes

obligan al campesino productor a vender a los precios más bajos. Los pinos requieren una rápida actuación después del incendio, ya que pronto se ven atacados por hongos que los convierten en inservibles.

De esta forma el sector de transformación crea un excedente de producción constante que proporciona enormes beneficios a expensas de los productores y, además, se evitan los intermediarios al comprar directamente de los campesinos. No es necesario mencionar que no ha habido condenas por crímenes instigados corporativamente, pero esta explicación merece todo el crédito, si se considera el nivel de corrupción existente en las culturas de esta zona aunque, por otra parte, estas actitudes no sean consideradas universalmente como prueba de corrupción.

Los capitales corporativos también pueden estar implicados en algunos de los incendios más espectaculares que han devastado partes de la costa de las provincias de La Coruña y Pontevedra. Teniendo en cuenta la permeabilidad de leyes de protección ambiental ibéricas y su débil implementación, es lógico que se especule sobre si los bosques han sido arrasados para dar paso al desarrollo de complejos dedicados al ocio. El hecho que las tierras más apropiadas para este tipo de desarrollo hayan sido arrasadas, no puede ser tan sólo una mera coincidencia. La península de Finisterre en La Coruña y la Sierra de Monchique en el Algarve son buenos ejemplos de ello (LA VOZ DE GALICIA, 17/3/1991).

III

Muchos granjeros de estas regiones han vivido al borde de la subsistencia durante, por lo menos, unas cuantas generaciones, y las tierras se han mantenido en la familia por medio de recursos tradicionales tales como emigración masiva, remesas y ahorros (BRETTEL, 1989). Es evidente que estas razones se unen a complejas condiciones y legados, formando una oposición binaria entre sociedades tradicionales y modernas. Como ya ha sido discutido en otras ocasiones, el legado de la prolongada dictadura ha definido y afilado la percepción local, que ve al Estado y a sus organismos como a intrusos y transgresores, como ocurre con los servicios forestales. En segundo lugar, la naturaleza de las estructuras sociales rurales, y cómo éstas han evolucionado y cambiado en los últimos años, es un tema que ha sido largamente ignorado. Muchas de las descripciones de la sociedad rural tienden a definirla como un grupo, generalmente homogéneo, de pequeños campesinos. Existen algunas excepciones, como el estudio de Iturra, quien ha demostrado que la segmentación de la sociedad rural se ha intensificado (ITURRA, 1988). Además, el cambio demográfico ha intervenido en la reestructuración de pequeñas familias y los altos niveles de emigración de jóvenes, especialmente en las tierras altas lo que ha dejado a muchas tenencias sin herederos directos (TORRES LUNA ET AL, 1993). El cultivo intensivo ha emergido en las zonas económicas más prósperas, aunque de forma irregular, para abastecer las demandas de las comunidades urbanas de rápido crecimiento. Pero no

todos los campesinos son capaces, o están dispuestos, a aprovecharse de los beneficios que estas nuevas oportunidades representan. La organización rural puede ser mejor descrita como "de clientela", y estas estructuras florecieron bajo el dominio económico de la dictadura, aunque le precedan.

Uno de los resultados acumulados a partir del proceso de modernización en la región es el individualismo, el cual ha fracturado varias estructuras vernaculares, tales como la dirección de propiedades colectivas como el monte. Esto ha hecho aumentar la alienación de los que, por cualquier razón, no se han beneficiado, o no pueden beneficiarse de la modernización. Esto se refleja más concretamente en las tareas conjuntas -como la limpieza de maleza en los bosques- las cuales se han dejado de realizar. La emigración ha resultado en un incremento del coste de la mano de obra. Esta situación se ve agravada por la estructura de una población envejecida, en las tierras altas, que no puede mantener o encargarse de sus tenencias, lo que precipita su abandono en el caso de las tierras más marginadas y del monte (GONZÁLEZ, REBOREDO, RODRÍGUEZ CAMPOS, 1990). Como resultado, los incendios se extienden dramáticamente gracias a la suntuosa maleza.

El abandono del monte y la consecuente reducción de núcleos sociales locales que puedan combatir el fuego, no se debe tan solo al envejecimiento y a la emigración. Entrevistas informales realizadas a campesinos, especialmente en zonas altas y en áreas perjudicadas por la emigración, indican su desinterés en luchar contra los incendios y su dependencia en el Estado y toda su tecnología para actuar en su nombre.

No es muy probable que la quema de bosques en tierras altas y aisladas haya sido provocada por agentes externos y, el hecho que muchas de las personas procesadas judicialmente por incendios en estas circunstancias parezcan tener, según los informes de los juicios publicados en la prensa, problemas de conducta, nos lleva a establecer una relación inevitable entre los incendios y la alienación y, especialmente, los grupos sociales e individuos que han sido marginados por el cambio. Este es el caso de comunidades enteras en las tierras altas y pequeños números en otras zonas. Aquí el monte también ha sido quemado repetidas veces, en lugar de la antigua costumbre de quemas episódicas, lo que ha contribuido a la degradación física, además de retardar la regeneración forestal o eliminarla por completo.

El engrandecimiento personal se ha mencionado también como una razón más, y se ha citado como culpables a los individuos que han querido convertir las tierras colectivas en pasto o cultivos permanentes. Existen otras amenazas relacionadas con la cultura de corrupción. La linea costera de la Iberia atlántica es uno de los puntos de entrada principales de narcóticos en Europa, estando diferentes partes de la costa especializadas en determinados productos. Las conexiones establecidas entre Portugal y Brasil, y entre Galicia, Colombia y Venezuela, a través de las migraciones y el comercio, han permitido que estas regiones actúen como canales elementales para el paso de narcóticos hacia Europa. Las redes de contrabando establecidas durante los años de la dictadura, localizadas entre las comunidades costeras y compues-

tas de varios grupos sociales, incluyendo a las fuerzas ejecutivas y judiciales, no fueron nunca desarticuladas. Aunque no se aprobara su existencia, nunca fueron perseguidas, hasta el punto que operaban abiertamente. En una sociedad de clientela, estas redes llamadas clanes en la prensa debido al involucramiento de grandes familias, dirigieron su atención hacia las drogas a partir de los años setenta. Es casi imposible imaginar la magnitud de estas operaciones, pero sus actividades también llegaron a estar asociadas con los incendios, los cuales servían de mecanismo para desviar la atención de la policía de las maquinaciones en la costa y otros puntos. Estas fuerzas oscuras también están implicadas en los incendios causados para despejar las tierras en vistas al desarrollo urbano, legitimando los fondos por medio de inversiones en actividades de desarrollo costeras. El Estado todavía no ha conseguido confrontar de forma adecuada el abuso desenfrenado de estas actividades que azotan cada rincón y casi cada clase social de la región. Es evidente que la falta de resolución, por lo que se refiere al papel que desarrollan las tierras colectivas, principalmente en Portugal y Galicia, ha contribuido a la desestabilización, la cual se ha traducido en incendios como una forma de protesta social. Además, la marginación económica y social de algunos sectores de la sociedad rural, ha tenido un efecto parecido, especialmente en tierras altas, pero también incluso cerca de pueblos y ciudades. Los narcotraficantes grandes, las conspiraciones corporativas y las políticas de Estado, han contribuido, consciente o inconscientemente, a la degradación de amplios sectores de la Iberia atlántica, reflejando así la intensidad de una crisis que afecta a todos los sectores de la sociedad.

Es obvio que todos los incidentes aquí tratados han provocado, provocarán, o llevarán a la degradación. Pero la noción de degradación requiere un término más flexible para su comprensión. Existe una bibliografía profunda y extensa sobre este tema perteneciente a BLAKIE y BROOKFIELD (1987) la cual se considera como obra crucial en este debate. En la Iberia atlántica, las degradaciones provocadas por el fuego han sido múltiples. Desde el más inmediato deterioro físico de tierras altas, a temas más delicados, como en el caso de la costa. Aquí, un ejemplo que hace al caso es la conversión de bosques en edificios y complejos turísticos. Asimismo, la eliminación de bosques en zonas agrícolas prósperas también disminuye la calidad del paisaje. Es necesario extender la noción de degradación a un sentido relativamente cultural más amplio que incluya los deterioros culturales, económicos y físicos. Desde este punto de vista también es necesario considerar las múltiples causas y consecuencias de la degradación.

La bibliografía a menudo menciona la economía política como causante de esta degradación y, sin duda, es difícil negar estas afirmaciones. La célebre frase de Bailey: "La mala vida desde el punto de vista del campesino", refleja claramente las actitudes y los comportamientos relacionados con las tierras comunes responsables, en gran medida, de una proporción considerable de los incendios (BAILEY, 1966). En este caso el Estado se considera como intruso y los incendios han convertido estas zonas -por lo menos temporal-

mente- en improductivas, a causa del desacuerdo existente en cuanto a su utilización. No cabe ninguna duda que en las tierras altas y las pendientes montañosas de la Iberia atlántica, la degradación es desenfrenada. Aquí, los brezales son repetidamente quemados, lo que da paso a la acción de las fuerzas responsables de la degradación física, tales como la erosión y el deterioro de la calidad del agua. Una vez iniciado este proceso, es muy difícil reanudar el ciclo, e incluso imposible, por la sencilla razón que el suelo ha sido eliminado o empobrecido de forma casi irreversible.

En este sentido, la economía política ayuda a entender las causas de los procesos de degradación en las tierras altas de Iberia y, en algunos casos, en tierras bajas. La marginación económica y la despoblación ocupan un lugar central en estos procesos, aunque muchas veces se cite la presión demográfica, en contextos tercermundistas. La participación de grandes empresas en los incendios provocados, en el caso de las tierras altas, parece ser mínima, debido a las escasas ganancias. Por otro lado, en estas zonas los problemas relacionados con las tierras comunes, o montes, son también muy agudos, debido a su vasta extensión.

En tierras bajas y zonas costeras, los motivos que se atribuyen a los incendios son múltiples y más complejos. Las posibilidades de profunda degradación física son menores y los ingenieros de montes, en Portugal, han asegurado, por ejemplo, que la mayoría de los daños causados en la Serra de Monchique pueden subsanarse mediante la replantación. Aún teniendo en consideración esta opinión optimista, no cabe duda que estas zonas han sufrido degradación en el sentido más amplio. Tal y como muchos informes indican, en el siglo XIX los bosques eran muy escasos en las zonas bajas de la Iberia atlántica y, al parecer, nos encontramos de nuevo en los umbrales de otro ciclo de deforestación, pero esta vez de mucha más envergadura. Además del daño que el fuego ha causado al monte, los cambios de actitud hacia su utilización y su valor, distintos en cada región, son también causa de gran preocupación. Pero es posible que exista una relación entre el ecocidio y la marginación, si se considera que en algunos casos los incendios pueden llegar a ser índices de la magnitud de la crisis, esencialmente por lo que concierne a las comunidades en tierras altas. Las transcripciones de los casos judiciales corroboran esta hipótesis. En muchos casos, la bibliografía establece una equivalencia entre el ecocidio y las actividades patrocinadas por el Estado. El ejemplo de la Iberia Atlántica demuestra que ésta es una manifestación ascendente de este fenómeno.

Agradecimientos: Mi gratitud a la traductora, Roser Pérez i Zamora. Quiero expresar mi agradecimiento al "Arts Faculty Fund", por su trabajo de investigación en los archivos de España y Portugal, y en el propio campo.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ SOUSA, A. (1992): *Os Incendios forestais*. Vigo. Xerais.
- BAILEY,F. G. (1966): «The peasant view of the bad life», en *Advancement of Science*, pp.399-409.
- BALBOA, X. (1990): *O monte en Galicia*. Vigo. Xerais.
- BLAKIE, P y BROOKFIELD, H. (1987): *Land degradation and society*. London. Methuen.
- BRETELL, C. (1989): *Men who migrate, women who wait*. London.
- BROWN, G. y HARRIS, C. C. (1992): «National forest management and the tragedy of the commons», en *Society and Natural Resources*, 5, pp.67-83.
- BROUWER, R. (1993): «Between policy and politics.The forestry service and the commons in Portugal», en *Forest and Consevation History*, 37, pp.160-168.
- CNA (1971-): Atlas Do Ambiente. Lisboa.
- DEAN, W. (1995): *With broadax and firebrand.the destruction of the brazilian atlantic forest*. Berkeley. University of California Press.
- DIARIO DE NOTICIAS (1995): Ejemplares de Julio, 16-30. Porto.
- DAYZEK, J. S. (1987): *Rational economy,environment and political economy*. Oxford.
- EVENDEN, N. (1987): *The social construction of nature*. Maryland.
- FORESTIER, K. (1989): «The degreening of China» en *New Scientist*, 123, 1671, p.52.
- GONZÁLEZ REBOREDO, J. M. y RODRÍGUEZ CAMPOS, J. (199O): *Antropología y etnografía de los proximidades de la Sierra de Ancares*. Vol. 1. Lugo. Dip. Prov.
- ITURRA, R. (1988): *Antropología económica de la Galicia rural*. Santiago. Xunta de Galicia.
- JACKSON, W. BERRY, W. y COLEMAN, B. (1984): *Meeting the expectations of the land esssays in sustainable agriculture and stewartship*. San Francisco. North Point Press.
- LA VOZ DE GALICIA (1990): *Ediciones*, 5/7/90; 28/8/90.
- LA VOZ DE GALICIA (1991): *Edición*, 17/3/1991.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA (1966): *Atlas forestal de España*". Madrid.
- NAESS, A. (1989): *Ecology*. Cambridge. Cambridge University Press.
- O'FLANAGAN, P. (1980): «Agrarian structures in north western Iberia.-Responses and their implications for development», en *Geoforum*, 11, pp. 157-169.
- O'FLANAGAN, P. (1996):*Xeografia histórica de Galicia*". Vigo. Xerais.
- PARLEMENT EUROPEEN (1994): *L'Europ et la foret*. Strassbourg. EUROFOR.
- PALLARES MENDEZ, M. C.y PORTELA SILVA, E. (1971): *El Bajo Valle del Miño, en los siglos XII y XIII*. Santiago. Universidad de Santiago.

- PAZ ARES, J.C. (1966): *Régimen de los llamados montes de vecinos en Galicia*. Vigo.
- REVISTA DO SERVICO NACIONAL DE BOMBEIROS (I995): 11, 9. p. 15.
- RIBEIRO, O. (1967): *Portugal: o Mediterráneo e o Atlántico*. Lisboa. 3ªed.
- STEINER, D. y NAUSER, M. (1993): *Human ecology. Fragments of an anti-fragmentary world*. London. Routledge.
- TORRES LUNA, M. P., LOIS GONZÁLEZ y PÉREZ ALBERTI, A. (1993): *A montaña gallega: o home e o medio*. Santiago. Universidad de Santiago.
- URTEAGA, L.(1987): *La tierra esquilmada. Las ideas sobre la naturaleza en la cultura española del siglo* XVIII. Barcelona-Madrid. CSIC.
- ZAIMECHE, S. E. (1994): «Change, the state and deforestation.The Algerian example».*Geographical Journal*, 160, 1, pp.50-56.

RESUMEN: Los incendios han causado enormes daños en la Iberia Atlántica en los pasados veinte años. Este trabajo pretende detallar los precedentes de estos incendios, situando el discurso en el contexto de ecología política y economía política. Este autor se ocupa del discurso de la economía política. En el centro del asunto se encuentra la larga relación existente entre comunidades, localidades y Estado. Aquí se establecen relaciones entre economía política, incendiarismo y ecocidio. Además, la degradación es una consecuencia, pero esta noción de cambio también necesita ser reconsiderada.
PALABRAS CLAVE: Ecocidio, degradación, incendiarismo, economía política.

ABSTRACT: Few residents of the Iberian peninsula are unaware of the amount of damage done by the fire to common lands and woodlands especially over the last two decades. This research seeks to detail the background to these fires by placing the discurse within the context of political ecology and political economy. Of the two respective discourses the latter is favoured. It is argued that, at the heart of the matter, the long term relationship between communities, localites and the state is critical. These relationships have been recently complicated by the influences of the EU and the role of the autonomous goverments. In this way links are established between political economy, incendiarism and ecocide. In many ways the issue of common lands exemplifies these difficult relationships. In adition, degradation is an outcome but this notion of change also needs to be modified.
KEY WORDS: Ecocide, degradation, incendiarism, political economy.

RÉSUMÉ: Peu de résidents de la Peninsule Ibérique ignore les dégâts produit par le feu on les terrains communs et les florets, surtout dans les 10 annes passés. Cette investigation cherche detacher le fond des cettes incendies a travers de la consideration de contexte de la ecologie politique et surtout de la economie politique. En cette respect, l´author discute l´importance des ancient rapports entre les communités, les localites et l´état. Récemment cettes relations sont été compliqué par l´influence de la Union Europeene et par le rôle des gouverments autonomiques. Par consequence, les rapports sont etablis entre l´economie politique, incendie voluntaire et eco-suici-

de. De cette facon, la question des terrains communs est un example des cettes laborieuse rapports. En dehors de cette question degradation est un result mais cette concept de changement besoin d´apporter modifications.
MOTS CLÉS: Eco-suicide, dégradation, incendie voluntaire, ecologie.